

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año III - 3ª Época : Montevideo, Setiembre 30 de 1898 : Tomo III—N.º 15

Cárlos Maria Ramirez

A pesar de haber transcurrido ya algunos días del fallecimiento del ilustre ciudadano, con cuyo nombre encabezamos este artículo, tomamos la pluma entristecidos todavía por lo irreparable de la pérdida, porque nada es más sensible que lo inesperado, y Carlos María Ramirez, que como Sarmiento han venido anticipados á su época, ha muerto en la plenitud de su vida, á los cincuenta años, cuando la Patria esperaba aún, nuevos servicios de su inteligencia privilegiada.

Era Carlos Maria Ramirez, uno de los primeros talentos de la América, y su pluma periodística, en otro campo, en otro escenario mas vasto, habria podido tener como digno émulo la del mismo Emile de Girardin.

La frase conceptuosa de Ramirez, tenía el don de la persuasión, tanto mas grande, cuanto su argumentación era siempre convincente.

Este era su talento;—una palabra, un gesto, una mirada, muchas veces tenía una elocuencia clara, evidente.

Intentar una biografía de este hombre público, que ha llenado todos los puestos, y á ocupado todos los cargos, dejando siempre en todos ellos, una estela que marque su imaginación, y su inmenso saber, sería su tarea ardua y llena de dificultades.

Historiar su personalidad, sería historiar los acontecimientos de su época y su

muerte, trae á la memoria una generación, esa generación que como decia Lucio Lopez, habia entrado á la vida pública y literaria, repitiendo las meditaciones de Lamartine y las Odas de Victor Hugo.

La prensa de Montevideo del año 61, ya nos indicaba los primeros triunfos del joven Ramirez, en las bancas universitarias y auguraba para él y para esa generación, los mas elevados puestos.

Redactor de *EL SIGLO* cuando apenas contaba veinte años, lo sorprendió la guerra civil del 72, y leal á su partido abandonó la política para tomar las armas en defensa del gobierno del general Batlle, asistiendo en su calidad de secretario del general Suarez á la batalla del Sauce. Fue allí donde su espíritu al contemplar la lucha, adquirió el convencimiento *que la guerra civil por la guerra civil no tiene término* y fiel á éste designio se retiró á Montevideo y abandonó la divisa, fundando « La Bandera Radical » para fulminar en sus *Semanas Políticas* los hechos luctuosos de uno y otro bando, llamando á todos los orientales á unirse en un solo partido, el partido radical.

Como murió Juan Carlos Gómez, como murió Juan María Gutierrez, Carlos M. Ramirez ha muerto en un día de gloria, en la mañana que siguió al aniversario de la paz de Setiembre, cuando todavía llegaran á sus oídos las dianas que conmemoraban el gran acontecimiento.

Por esto sobre la lápida que cubra sus despojos, debieran de escribirse aquellas célebres palabras que sirven de epitafio

en la tumba de un héroe granadino, del general Girardot.

*Vivió para la patria un solo instante,
Vivió para la gloria demasiado!*

P. BLANCO ACEVEDO.

CARLOS MARIA RAMIREZ

Mucho se ha escrito, y mucho ha de escribirse aún, sobre Carlos María Ramírez, porque su muerte, al revestir las proporciones de un desastre nacional, tiene que ir haciendo vibrar, una tras una, las fibras de todos los sentimientos que sean capaces de engarzar su dolor en una frase.

Entre todos esos escritos tienen que existir forzosas diferencias debidas á la distinta manera que tienen los espíritus de sentir é interpretar estos golpes terribles; pero así como el número de vibraciones hace que sean iguales dos notas arrancadas de instrumentos distintos, del mismo modo, la consternación, afligiendo la pluma del que escriba, constituirá la igualdad de esos escritos gestados en inteligencias distintas. Al dolor profundo é intenso lo sentiremos quejarse en cada frase y lo veremos brillar con reflejo de lágrima en cada pensamiento.

Siento en mí la sensación de una oscuridad semi profunda; me parece vivir en medio de un silencio casi absoluto, y siento el vértigo que ataca cuando se descende de la mirada hasta el fondo de un abismo. Es que con la muerte de Carlos María Ramírez, se ha extinguido un sol, ha dejado de vibrar la voz más potente y sabia, y se ha abierto el abismo más profundo porque es imposible llenarlo.

Su pluma magistral yace muda, inmóvil; ya no correrá más derramando raudales de luz, hablando con acentos de justicia. Ahí esta inerte; una vida tan grande como la que la animaba se apagó en el instante más pequeño, y ya no trazará más páginas maestras!

La obra de Carlos María Ramírez, no puede tener la vida fugaz del rastro de una estrella que rasgó la sombra con un tajo de luz; no, ha de vivir lo que vive la verdad, y ha de adquirir con el tiempo la vida garantida de la roca. Hoy, su obra aún es fluido móvil, porque aún no se alcanza á comprender suficientemente sus proyecciones poderosas; pero cuando el depósito de experiencia que dejan los años al correr sobre la existencia, nos haga ver su importancia; cuando vivamos en la época á que pertenece esa idea que se ha adelantado á nuestro tiempo, —entonces, la aprobación de todos los orientales hacia ese pensamiento, el concurso de todos agrupado en torno de ese lábaro de concordia y de progreso, será el monumento más soberbio levantado por sus conciudadanos al talento del ilustre muerto.

Literato, periodista, historiador: todo ha concluido, pero nada ha dejado ni dejará de existir, porque las huellas luminosas que dejó su genio doquiera pasó, no pueden extinguirse en la inmensurabilidad del tiempo.

Alma fogosa á la vez que apacible, buscaba la paz lo mismo pedía la guerra, si una ú otra cosa era lo necesario; y doquiera se hallase, ya fuera pugnando en las luchas incruentas de la prensa diaria, como peleando con valor en el campo de batalla, siempre se distinguió entre todos, siempre consiguió erguir su cabeza iluminada por encima de los más altos.

Hay en su personalidad rasgos pocas veces observados juntos. El biógrafo que trace su ruta y que perfile su carácter tiene que mezclar en su paleta la fiereza de un espartano y la instrucción de un hijo de la sabia Atenas. Solo así se obtendrá la tinta de su idiosincracia.

La muerte, que, para el común de los hombres, es nada más que la terminación obligada de un viaje azaroso ó tranquilo, es, tratándose de un hombre eminente, un golpe que anonada: es la desaparición

de un factor importante del problema inmenso de la existencia colectiva, y la lápida que cae para cubrir sus restos materiales, no puede ser nunca la piedra del olvido separando el hoy del ayer; no, no puede ser sino el cristal que se interpone entre él y nosotros para agigantar sus rasgos morales!

Si la inercia no dominara tanto en el mundo físico como en el mundo moral, la máquina de nuestra sociedad hubiera detenido su agitada marcha, porque ha cesado de actuar el propulsor más potente; pero, el esfuerzo era ciclopeo; la máquina marcha con velocidad, y sus piezas, arrastradas por la inercia, continúan y continuarán funcionando hasta que se reponga esa fuerza y le dé, así, un nuevo impulso

Si la razón lo hubiera acompañado hasta el postrer segundo de su existencia, Carlos María Ramírez, sin pecar de inmodesto, hubiera podido decir, á los que rodeaban su lecho, las últimas palabras de Mirabeau:

«Sostengan esta cabezal es la más grande de la Patria!»

Leopoldo Thevenin.

Setiembre de 1898.

LA NOCHE

¡Silencio! Lo negro y sombrío,
Lo lúgubre y triste comienza á reinar:
Se ven en los sauces que guardan el río
Crespones de sombra colgar.

¡Silencio! Una nube luctuosa
Se cierne en el valle, lo sume en lo azul,
Y envuelve la selva, cobija la choza
En pliegues de tétrico tul.

La iglesia, que está en una altura,
En gazas de sombras se empieza á envolver,
Y su campanario, la esbelta figura
Comienza en la bruma á esconder.

¡Silencio! La Noche ha tendido
Su manto de luto, su negro capuz,
Ya todo es misterio! que ya se ha extinguido
El último rayo de luz.

Las aves nocturnas rasgando
Las densas tinieblas en raudo volar,
Su paso la en sombra nos van anunciando
Con su quejumbroso grazar.

El viento gimiendo aletea
Por entre la selva; continuo estertor,
Anima á las plantas: el roble cimbreo
Con ruidos que causan pavor.

Se escuchan extraños rumores,
Y formas etéreas parecen vagar:
Espectros, fantasmas, visiones de horrores
La mente los vé desfilar.

De pronto de allá de la altura,
Cual lluvia de llanto descende el gemir,
De triste campana que infunde pavora
Con su plañidero tañir.

Se agita la noche callada
Sintiendo en su seno de sombras vibrar,
La lira de bronce, que entona pausada
Su triste, su eterno cantar!

La lengua de bronce se queja
Y lánguida imprime sensil vibración,
Que suena en el valle, que triste se aleja
Y el eco repite su son.

De aquel campanario descenden
Plegarias, suspiros, continuo gemir,
Que en alas del eco en el campo se extienden
Y van en selva á morir.

EMILIO FRUGONI.

NARRACIONES

Con el título que encabeza estas líneas ha aparecido un libro, del que es autor el inteligente joven Juan C. Blanco Acevedo.

Solo por el hecho de que fuera el autor Blanco Acevedo, podíamos esperar una obra de mérito, mas al leer sus NARRACIONES, la realidad sobrepujo nuestra esperanza, y aunque sin autoridad para juzgar acabadamente una obra literaria, no podemos menos que felicitar al novel escritor que de un modo tan lucido hace su aparición en el escenario intelectual de nuestro país.

Al comenzar la lectura con *Marco Pérez* la primera de sus NARRACIONES, pudimos apreciar todas las cualidades de feliz narrador que posee Blanco Acevedo; pero al pasar á la segunda, titulada *En el Mar*, nos acabamos de convencer de la naturali-